

La metafísica y la psicología empírica (1)

El profesor de la Sorbona, señor Jorge Dumas, es un viejo amigo de nuestro país, y muy especialmente de la Facultad de filosofía y letras, cuya cátedra de psicología ha ocupado en 1908, 1918 y 1920. Es también académico honorario de la Facultad. Sus visitas han sido fecundas para las relaciones intelectuales entre Francia y la Argentina, como lo revela el hecho de que a él se deba en gran parte la fundación del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires.

Por lo que respecta a la Facultad de filosofía y letras, nuestra gratitud sube de punto si se considera que las conferencias del profesor Dumas han contribuido eficazmente al progreso de la enseñanza de la psicología fisiológica, lo cual también se explica por el influjo que han ejercido y ejercen sus obras tituladas: *La tristeza y la alegría*, *La sonrisa* y los trabajos publicados en el *Journal de psychologie normale et pathologique*, prestigioso órgano que el señor Dumas dirige en compañía de su grande amigo y colega el eminente psicólogo Janet. Ahora la trascendencia de la obra del profesor Dumas tiende a acentuarse una vez más, merced a la publicación de su gran *Tratado de psicología*, escrito por los más conspicuos psicólogos de Francia, y prologado por Ribot,

(1) Discurso pronunciado el 22 de octubre de 1925 por el decano, con motivo de las conferencias del profesor Dumas en la Facultad de filosofía y letras.

de quien nuestro profesor es uno de los más esclarecidos continuadores. Precisamente la orientación de Ribot es la que predomina en ese tratado. Más de setecientas páginas han sido escritas por el profesor Dumas inspirándose en el propósito de afirmar la realidad de una psicología científica. Es notorio que Ribot fué el profeta de semejante psicología. Bien lo revelan sus famosos prólogos a la psicología alemana e inglesa contemporáneas. Verdad es que ambos prólogos ya cuentan con casi medio siglo. Por eso, ahora que soplan nuevos vientos filosóficos, cabría preguntarse si no ha llegado el momento de determinar los límites del fisiologismo en psicología. Tocante a esto, mucho cabría discutir.

Decía Ribot que la nueva psicología difiere de la clásica, por su espíritu: no es metafísico; por su objeto, sólo estudia fenómenos, y por sus métodos, los toma de las ciencias naturales. No puede darse nada más estimable como reacción contra el viejo verbalismo espiritualista y la vacua doctrina del alma y sus facultades. Estas teorías gozaban de gran predicamento en la época anterior a la inaugurada por Ribot. Era natural que semejante psicología haya merecido las invectivas de Hipólito Taine, el cual satirizó dicho espiritualismo decadente con las brillantes y divertidas virulencias de su famoso libro *Los filósofos clásicos del siglo XIX*, aunque, vistas las cosas después de muchos años, bueno es recordar cuán abundantes son las injusticias allí cometidas. Taine en el vértigo de su furia iconoclasta, no consiguió descubrir el valor de la gran figura de Maine de Biran, cuyos conceptos inspiran la obra del mencionado Janet, distinguidísimo psicopatólogo contemporáneo. Toda la obra de éste no es sino la elaboración clínica de la psicología de Maine de Biran. Considero prudente haber señalado las brillantes injusticias de Taine ya que su popular libelo ha nutrido por demás al diletantismo científicista de no pocos pseudopsicólogos sudamericanos.

Pues bien: sin la corriente voluntarista, de la cual es conspicuo representante Maine de Biran, sería imposible explicar algunos conceptos implícitamente rectores de la psicología científica.

En efecto, dos nociones cardinales dominan la psicología de Ribot: la exaltación de la idea de motricidad en la textura psíquica, por una parte, y por otra, el criterio genético. La tesis de la motricidad, como esencia de lo psíquico, actúa en Ribot bajo la influencia del voluntarismo de Schopenhauer, filósofo sobre quien Ribot ha escrito un libro. Respecto al criterio genético, es sabido que Ribot lo tomó de Spencer, el cual no ha hecho sino elaborar mecánicamente e interpretar en forma utilitaria el evolucionismo de la metafísica romántica, dominante en la cultura inglesa de la primera mitad del siglo XIX. Quiere decir, pues, que la propia psicología científica, si se la contempla en su esencia última, ofrece una concepción de lo psíquico del más puro origen filosófico. Semejantes conceptos filosóficos no dejan de ser tales aun cuando la psicología científica les haya impreso forma empírica de acuerdo con los métodos de las ciencias naturales. ¿Se quiere una prueba palmaria? Nos la dará el mismo Ribot. (Para probar la emancipación de la psicología científica, concebida como disciplina estrictamente empírica y libre de sugerencias metafísicas, Ribot ha escrito dos libros, titulados, respectivamente, *La psicología inglesa contemporánea* y *La psicología alemana contemporánea*. Y véase la paradoja: en ambos libros resulta que la psicología científica es hija de la obra de una serie de grandes autores que ante todo son eminentes filósofos. He aquí los nombres de los metafísicos progenitores de la psicología antimetafísica: Herbart, Fechner, Lotze, Wundt, Spencer, Stuart Mill, etc. Como se ve, hasta para eliminar la metafísica parece indispensable invocar el auxilio de grandes metafísicos. No nos sorprendamos: sólo puede evitar el influjo de la metafísica quien de veras la conoce y es capaz de dominarla con superior espíritu crítico.) De lo contrario, nos alcanzará el destino que fatalmente toca a los que caen en el cientificismo, el cual, por ser pobre filosofía, acaba por terminar en una ideología que no es sino subrepticia metafísica trivial.) Con razón, Wundt, uno de los más ilustres creadores de la psicología científica, solía imponer a sus novatos del laboratorio de psicología experimental

de Leipzig el previo estudio de la *Crítica de la razón pura*, no precisamente para trocarlos en kantianos, sino con objeto de forjar en sus discípulos un recio sentido crítico, capaz de disolver el natural dogmatismo ingenuo. No se trataba, pues, de convertirlos a la filosofía de Kant sino de hacer uso inteligente de la virtud destructora del criticismo. La precaución de Wundt merece elogios, ahora más que nunca, tenida en cuenta la circunstancia de que la psicología científica, cuando cae en manos de los epígonos, resulta instrumento demasiado grosero para determinar la naturaleza y las formas de realidades harto sutiles. Cuando un psicólogo científicista se dedica a indagar fenómenos psíquicos superiores, así lo haga con costosos instrumentos, ofrece el grotesco espectáculo de quien se diera a tocar el arpa calzándose cascos equinos. Sin embargo, tal no es el caso de Ribot, psicólogo en quien abunda el sentido crítico y una discreta cultura filosófica, y tampoco el de sus más serios discípulos, por ejemplo el profesor Dumas. Nada más legítimo, pues, que la tendencia a determinar con rigor científico el aspecto psicológico de la vida psíquica. Puede admitirse la legitimidad de una psicología estrictamente empírica, y libre en lo posible de apriorismo metafísico. Pero no es menos razonable la posibilidad de construir una psicología científica inmune de apriorismo fisiologista, siempre que se admita la tesis de que existe una realidad psicológica específica, sin duda vinculada a condiciones orgánicas susceptibles de rigurosa determinación científica. Pero no es menos cierto que la realidad psicológica guarda heterogeneidad con sus concomitantes mecánicos. En cambio, si damos en considerar lo psíquico como mero episodio de la mecánica nerviosa entonces nos encontraremos con teorías que no son fruto de la experiencia sino construcciones metafísicas a base de monismo materialista, el cual es también apriorismo. En tal caso, continuar hablando de psicología es actitud esencialmente contradictoria. En el monismo materialista no cabe hablar de psicología. Basta con la mecánica cerebral. El mismo Ribot, con ser tan prudente, alguna vez, llevado por el rigor polémico, estuvo a punto de

caer en la tendencia apriorista cuando declaró, en uno de los mencionados prólogos, que «la psicología, haciendo progresos difíciles de admitir en aquellos tiempos, se hubiera transformado por completo en fisiología, entonces sería un gran bien para ella porque de ese modo llegaría a ser ciencia». Como se ve, la declaración de Ribot nos permite colegir que la psicología será una ciencia cuando ya no exista, puesto que si todo lo psicológico es identificable con lo fisiológico y éste con lo mecánico, resulta superfluo continuar hablando de psicología. Más valiera adoptar la crudeza de Bechterew, quien declaró que la psicología, en última instancia, no es sino reflexología. Pero, no nos hagamos ilusiones: aun cuando no lo quieran, la mayoría de los psicólogos científicos son implícitamente dualistas, pues no consiguen eludir un tecnicismo donde constantemente se habla de lo psíquico y de lo físico. He ahí la causa de ciertos pintorescos títulos de obras, verbigracia, una de Maudsley que ostenta la contradictoria denominación de *Fisiología del espíritu*. No menos sintomáticas son las vacilaciones de Binet en su libro titulado *El alma y el cuerpo*. Lo mismo dígase de las obras que se titulan *Psicología fisiológica*. Se explica: no hay psicólogo científico, soñador de una psicología «sin alma», que no viva roído por la vaga conciencia de la singularidad inquietante del fenómeno psíquico.

Todo esto nos permite presumir que para ser psicólogo, inune de espíritu sistemático, es menester contar con buena ilustración científica general y excelente saber biológico, pero también con selecta cultura filosófica, llena de autocrítica, ya que histórica y teóricamente queda evidenciada la modalidad especialísima de la psicología. Esto resulta evidente aun cuando se la conciba como ciencia natural, vale decir puramente fenoménica y sometida a métodos empíricos. Claro está que semejante empirismo ha de ser de lo mas refinado, como conviene a la indagación de una realidad tan delicada y compleja cual es la del mundo psíquico. No cabe olvidar que anda de por medio lo más esencial del hombre, es decir, la personalidad. La reacción contra el

9
prejuicio antropocénico no implica perder el sentido de la preeminencia de lo humano. Por eso es cosa absurda sustentar radicalmente la doctrina del carácter epifenoménico de la conciencia, tesis que de ser consecuente consigo misma, debiera sostener el automatismo absoluto del hombre. El automatismo humano llevado a lo absoluto, destruye la idea de verdad, pues toda afirmación, por ser fenómeno psíquico, y por tanto mecánico, es también cosa automática. Empero, para negar la personalidad humana hay que admitir implícitamente la realidad de la conciencia activa del que la niega. Aceptemos, pues, lo justo de la psicología fisiológica y la posibilidad de una superior psicología empírica, pero no neguemos la realidad y el valor de ese detalle que los metafísicos tenemos el candor de llamar espíritu.

Esta amplia manera de entender la psicología inspira la organización de los estudios psicológicos en nuestra facultad. La enseñanza de la psicología cuenta aquí con tres cátedras: una de biología, cuyo profesor acentúa el aspecto neurológico y filogenético; otra de psicología experimental, fisiológica y patológica, y por último, una de psicología que llamaremos pura, donde, sin mengua del más estricto empirismo, se investigan los procesos psíquicos más complejamente humanos y se determina la posición filosófica de la psicología, procurándose, además, vincular la psicología con las restantes disciplinas cultivadas en esta casa. Como se ve, no puede darse mayor tolerancia y amplitud de criterio. Ello permite ofrecer una enseñanza universitaria libre de espíritu dogmático.

Inútil fuera decir que estas palabras constituyen una discreta manera de poner límite a la amplificación dogmática de los derechos de la psicología fisiológica, pero también justo es ver en ellas una franca tentativa para firme justificación del criterio y de los métodos de la psicología empírica. Infiérese, pues, que los problemas metafísicos que suscita la psicología deben tratarse en otras cátedras.

Por eso no es acto de mera galantería universitaria sino homenaje de estricta justicia celebrar y agradecer la nueva actuación

del profesor Dumas en esta facultad. Notoria es la importancia que han tenido aquí las obras y las conferencias de este maestro en el génesis y consolidación de la enseñanza de la psicología experimental. Para probarlo bastaría con examinar los programas antiguos y actuales de la facultad. Más tarde el profesor Dumas nos trajo su enseñanza directa; lo hizo en repetidas visitas, siempre fecundas en revelaciones de nuevos hechos, métodos y doctrinas. Prueba cabal de ello ofrece el tema de estas conferencias, donde, con sin par talento didáctico y espíritu comunicativo, nos hablará de sus recientes investigaciones sobre la expresión de los estados emotivos. Veremos ahora los frutos de un personal método que ha permitido al profesor Dumas elaborar la teoría biológico-social de la expresión emotiva. Será una nueva manera de probar la vitalidad de la actual psicología fisiológica.

En homenaje a sus inquietudes investigadoras, a la conciencia crítica de este relevante psicólogo fisiologista, nada más oportuno que señalar aquí la importancia que en éstas teorías se concede al factor social en la génesis de la expresión emotiva. Semejante nuevo punto de vista bien evidencia que el profesor Dumas pertenece a la clase selecta de los psicólogos, pues su interpretación sociológica de la expresión emotiva es la mejor prueba para verificar lo incompleto del criterio fisiologista. Por ello, dentro de esa propia amplitud científica, quizá al profesor Dumas le sea grato hallarse con este problema: sin el concepto de psiquis, concebida como algo superior a la simple mecánica fisiológica, ¿podría comprenderse el tránsito de lo biológico a lo social? Atenta su calidad de hombre de ciencia y de psicólogo experimentalista, no sé si eso de la realidad del espíritu es cosa que le preocupe demasiado, pero, sea lo que fuere, lo cierto es que a los admiradores del profesor Dumas no nos cabe la menor duda de que él, no obstante su conocida profesión de fe monista, es hombre de mucho espíritu, de espíritu singularmente social, lleno de inteligente amor por su patria, de cuya cultura siempre fué brillante embajador ante nosotros los argentinos. Para este cargo, difícil fuera hallar persona más indicada, ya que el profesor Dumas, es el alma del Instituto

de la Universidad de París en Buenos Aires. Los hombres de la Facultad de filosofía y letras, máxime los nuevos, lo saben grande amigo de nuestra casa, conocida por él en 1908, cuando ella ya vegetaba en el olvido oficial y en la desconsideración pública. Ahora, después de muchos años, el profesor Dumas se encuentra otra vez con los que fueron sus alumnos dispuestos a celebrar en él al gran profesor francés, sabio de claro talento y alma cordial. Era lógico, pues, que repitiera su visita, como cumple a un viejo y buen amigo de la Facultad de filosofía y letras. En nombre de ella, una vez más le ofrezco ésta su vieja tribuna para que haga brillar en ella las más excelsas cualidades del espíritu gálico.